

SOLEMNIDAD DE CRISTO REY.
PRESENTACIÓN DEL PLAN GLOBAL DE PASTORAL

Catedral de La Habana, 24 de noviembre de 1996

Queridos hermanos y hermanas:

«*Cristo tiene que reinar*», nos dice San Pablo en su 1ª Carta a los Corintios. Ese reino de Cristo abarca el cielo y el abismo. Será una realidad nueva que no destruirá la antigua, sino que la transformará trascendiéndola.

El reino de Cristo no conoce la muerte: «*el último enemigo aniquilado será la muerte*». Los reinos de los hombres aniquilan a sus enemigos haciéndolos morir por la espada o por el hambre.

El reino de Cristo aniquila la muerte por el triunfo del amor y de la vida. En ese reino, como lo describe el libro del Apocalipsis, «*no habrá llanto, ni luto, ni dolor, porque todas esas cosas habrán quedado atrás*». No promete Cristo un reino de abundancia, sino de plenitud. No promete un tiempo de Paz y de Justicia, sino la Paz y la Justicia instauradas para siempre en lo hondo del corazón de cada hombre.

¡Qué bien pudo afirmar Jesús ante Pilato: «*mi reino no es de este mundo*»!

Sin embargo, se construye en este mundo el reino de Dios con dolor y esfuerzo. Cada vez que nos acercamos a la verdad, al bien y al amor que Cristo sembró entre los hombres, se prepara la llegada del reino en cada corazón que se abre con sensibilidad al hermano, aunque quien así actúe no tenga noticias de esa realidad espiritual, ni sepa que ayuda a establecerla.

De ahí la sorpresa de los elegidos y de los reprobados al verse llamados o apartados por el Rey, cuando venga con sus ángeles a culminar en justicia y santidad el proyecto eterno de Dios. Así nos lo presenta la imponente parábola evangélica proclamada hoy y que acogemos siempre estremecidos, como un llamado a nuestra conciencia de cristianos, como un programa insuperable e insuperado por ninguna ideología política, por ninguna filosofía o ningún otro credo religioso:

*porque tuve hambre y me diste de comer,
tuve sed y me diste de beber,
fui forastero y me hospedaste,
estuve desnudo y me vestiste,
enfermo y me visitaste,
en la cárcel y viniste a verme.*

El Rey que juzga ha estado entre nosotros: lo hemos visto pobre y desnudo, preso y hambriento. Tender la mano o apartar la mirada ante cada uno de estos es desconocer a Cristo, nuestro Rey.

Y sorprende, además, que se adquiera la ciudadanía de ese reino, a veces sin pretenderlo siquiera, poniendo remedio o aliviando las más elementales y dolorosas miserias humanas:

El hambre de la humanidad, que tiene dimensiones planetarias y es hoy la más devastadora de las plagas.

La sed de los pueblos castigados por la sequía, que beben aguas insalubres portadoras de gérmenes nocivos.

La falta de un techo para vivir, con gente albergada, hacinada, vagando de un sitio a otro, buscando mejores posibilidades de vida en naciones más ricas, que cierran sus fronteras y desprecian o temen las culturas de los recién llegados o rechazan simplemente, por motivos raciales, a quienes huyen despavoridos de un país a otro.

Hombres y mujeres sin abrigo, sin vestido para protegerse del sol o del frío, sin un lecho donde dormir.

Enfermos de enfermedades curables que mueren por falta de asistencia médica, sea porque no hay médicos, sea porque los medicamentos escasean o cuestan muy caro y los pobres no pueden pagar el tratamiento.

En estos días, en la huida de los refugiados de Zaire por cientos de miles, van quedando abandonados en esa marcha macabra, los débiles, los enfermos, los niños, los ancianos, los que no resisten. A mí se me antoja ese triste peregrinar un símbolo desolador de la humanidad actual que quiere dejar atrás al aparentemente inútil, al niño que prevén nacerá con un defecto, al anciano que no tiene conciencia, al enfermo, cuyo sufrimiento no queremos compartir ni aliviar, sino suprimir, suprimiéndolo a él mismo, «ayudándolo» a morir. Es una cultura de muerte la que parece emerger al final del segundo milenio de la era cristiana.

Por eso tiene que resonar contrastante y luminosa la palabra de Jesús: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*».

A nosotros, cristianos del final de este milenio, y especialmente a ustedes, jóvenes, de quienes dependerá el curso de la humanidad en el milenio que comienza, nos toca anunciar el evangelio de la vida, el evangelio de la esperanza, a nuestros hermanos y hermanas aquí en Cuba.

Es la hora de que los cristianos, en pie, griten un no rotundo a la muerte, no a la guerra, no al hambre, no a la miseria, pero también y sobre todo no al pecado que engendra todos los males: no al egoísmo, no a la autosuficiencia, no al odio, no a la revancha.

La voz de Cristo y de su Iglesia debe resonar proclamando un sí a la vida, sí a la paz, sí a la solidaridad, sí a la humildad, sí al perdón, sí a la reconciliación y al diálogo, sí al *amor, que todo lo espera*.

Evangelizar es esto: anunciar con la vida, con las palabras y con toda la fuerza de nuestro corazón la verdad sobre Jesucristo y la verdad sobre el hombre, a quien el mismo Jesucristo le ha conferido una dignidad inviolable. Es descubrirle al hombre pobre o rico, humilde o autosuficiente cuál es su valor real, dónde radica su grandeza, cuáles son sus límites, *Hombre, dime quién eres*. Solo Jesucristo puede descubrirle el hombre al hombre. Solo en Él está la respuesta a la pregunta primera de la existencia, ¿quién soy?

Soy el hombre que lleva en lo hondo de su ser la imagen de Dios, soy solidario de una humanidad que anhela la verdad y la vida y donde parece triunfar el pecado y la muerte.

Pero, habiendo sido tan favorecido por el Creador y tan ingrato con Él, he sido rescatado por el mismo Dios que tanto ha amado a los hombres que nos envió a su Hijo Único. En él tenemos la redención, el perdón de los pecados, él es el camino, la verdad y la vida, él es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Solo la luz de Cristo descubre al hombre su grandeza y su miseria, pero también le revela que es posible la redención que nos transforma en una nueva criatura, nos da a conocer el sentido de nuestro paso por la tierra y el destino glorioso que Dios nos promete, y nos concede la gracia de vivir abiertos al futuro en esperanza.

Queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles laicos de La Habana, adultos o jóvenes, ancianos o niños:

Todos están convocados a anunciar esa buena noticia de Cristo Salvador a sus hermanos cubanos. Nos convoca el mismo Jesucristo: *¡Vayan, pues, por el mundo entero, hagan discípulos de todos los pueblos!* A esto nos compromete nuestro bautismo, que hemos revivido hoy al inicio de esta celebración. A la Nueva Evangelización; nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión, nos ha invitado insistentemente el papa Juan Pablo II. Al comienzo de la Eucaristía, escuchábamos el Mensaje de los Obispos de Cuba, proponiéndonos el camino pastoral de nuestra iglesia cubana desde ahora hasta el año 2000.

Jesucristo tiene que reinar, Jesucristo debe ser amado y servido. Los nuevos cristianos que se incorporan a la Iglesia, y los de larga permanencia en la fe deben conocer la Biblia, que es la Palabra revelada por Dios, deben formar sus conciencias y sus corazones al calor de la doctrina verdadera de la santa tradición de la Iglesia.

Todos los Movimientos: el Movimiento Familiar Cristiano, el Movimiento de Estudiantes Católicos Universitarios, los Movimientos de Jóvenes Católicos, el de la Unión de Mujeres Católicas, el de los trabajadores, el de los trabajadores de la Salud, el Movimiento de la Renovación en el Espíritu, los Talleres de Oración, la Legión de María y otros grupos apostólicos deben todos, además de recibir la formación propia para su acción específica, reflexionar y estudiar los temas fundamentales de nuestra religión, para aprender a conocer así la grandeza y la sublimidad de la fe católica.

De este modo se harán cada vez más capaces de un apostolado activo, serio y comprometido, que permita a los nuevos cristianos, o a quienes retornan a la fe, entrar en comunidades vivas y dinámicas, generadoras de gozo y de esperanza, verdaderos centros de irradiación misionera que, por todos los medios posibles, pregonen el mensaje liberador de Cristo a todos los hombres.

Ustedes son los responsables, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y sobre todo los laicos, de construir esas comunidades. El obispo los apoya, los exhorta, los impulsa a que no haya comunidad sin consejo parroquial o comunitario; que no haya comunidad sin catequesis de niños, de jóvenes o de adultos; que no haya comunidad sin laicos misioneros, que no haya comunidad sin espíritu misionero.

CÁRITAS, Justicia y Paz, la acción pastoral en las cárceles deben difundir y enseñar a poner en práctica la Doctrina Social de la Iglesia.

Pareciera que la responsabilidad mayor del compromiso que brota de la lectura evangélica de este día caería sobre estas organizaciones de la Iglesia para el servicio

de los pobres; de quienes tienen hambre o carecen de techo o vestido, de quienes están enfermos o en la cárcel; pero ese es un deber de todos los cristianos. La palabra conminadora de Jesús se dirige a cada uno de nosotros: «*cada vez que lo hicieron a uno de esos pequeños, a mí me lo hicieron*» pero «*cada vez que dejaron de hacerlo, a mí me olvidaron*».

Es imposible evangelizar pasando de largo ante quien sufre en su cuerpo o en su Espíritu. La promoción del hombre, su dignificación y la atención al necesitado son parte integrante de nuestra fe cristiana y el anuncio del evangelio lleva consigo acciones concretas en el orden del servicio y del amor, que hacen creíble no solo el mensaje, sino a sus portadores.

Por eso la Iglesia no pide otro privilegio que el de poder servir y el objetivo general de nuestro plan pastoral nacional hasta el año 2000 es que Jesucristo sea anunciado desde comunidades vivas y dinámicas para contribuir así a la promoción humana de nuestros hermanos en Cuba.

El gran evangelizador del fin de este siglo, el Vicario de Cristo en la tierra, tiene una preocupación continua y universal por el hombre y su dignidad, por su crecimiento espiritual y por su promoción humana. La figura extraordinaria del Papa Juan Pablo II se alza ante la humanidad, con mansedumbre y sencillez de corazón, para recordar a todos los hombres, creyentes o no, que el destino del hombre en estas postrimerías de siglo y al comienzo del tercer milenio de la era cristiana se juega no en las bolsas de valores, ni en los desusados pactos militares, sino en la conciencia de cada hombre y de cada pueblo por la opción ética que debemos hacer en favor de la vida y no de la muerte, por la verdad y no por la falsedad abierta o solapada, por el amor y no por el odio o la violencia, por la reconciliación y la paz y no por la hostilidad o la venganza.

En la escuela de Jesucristo aprendió Juan Pablo II que el diálogo es el camino para superar todas las crisis, aun las de más difícil solución.

No podía ser de otro modo el corazón del Pastor Universal, tampoco puede ser diferente el sentir de la grey católica cubana y especialmente de sus pastores.

En estos días, para mí tan cargados de un significado personal muy hondo, he ofrecido al Señor el más grande dolor de mi vida porque la semilla que se ha sembrado en Roma, durante el encuentro del Santo Padre con el Presidente Fidel Castro, dé frutos abundantes en bien de la Iglesia y del pueblo de Cuba. Y en medio de esas penas personales inevitables, he sentido con todos los católicos cubanos y con gran parte de nuestro pueblo, una profunda alegría; en el próximo año 1997, Dios mediante, el Papa Juan Pablo II vendrá a Cuba.

Desde hoy mismo nos comenzamos a preparar para su visita. Nuestra acción de gracias a Cristo Buen Pastor por medio de María de la Caridad, Madre de la Iglesia, es tan grande como larga ha sido la espera de esta hora feliz.

¡Qué mejor preparación dentro de este trienio que nos conduce al 2000 que recibamos entre nosotros al Vicario de Cristo!

¡Qué modo mejor de evangelizar a nuestros hermanos que ellos puedan escuchar de labios del mayor evangelizador de nuestro tiempo el mensaje cargado de esperanza del evangelio de la vida, de la verdad y del amor!

Desde ahora te decimos, Santo Padre: te esperamos, bendito el que viene en nombre del Señor.

Desde ahora queremos comenzar la misión que prepare tu visita, y hoy los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos de La Habana recibirán de su Obispo el envío misionero y se comprometerán a hacerlo vida y verdad.

Es la hora de la espera y de la esperanza.

Aquí está tu Iglesia Católica de Cuba, querido y venerado Santo Padre, la que ha sabido esperar, la que ha aprendido la fuerza del silencio y la oración.

Esta Iglesia quiere aprender a escuchar como tú sabes hacerlo. Esta Iglesia quiere ser humilde y acogedora como eres tú; valiente como tú, discreta y bondadosa como tú, y también como tú, queremos ser voz de Cristo que anuncie a los cubanos que solo Jesucristo nos trae la salvación.

A la Virgen de la Caridad confiamos tu visita a nuestra Patria. En sus manos ponemos también nuestro plan pastoral nacional que hoy inauguramos en toda nuestra nación. ¡Que Dios bendiga a Cuba!